

que iba teniendo cada mujer se le atribuían al que había sido su primer esposo. César (1), testigo ocular de esto, es quien lo refiere.»

Que así sucediera entre los Bretones, no podemos ponerlo en duda. Pero la analogía que comprendiera en estas costumbres á todos los Germanos, sería quizá excesiva ante el testimonio de Tácito. Este testimonio adquiere mayor fuerza con el estudio profundo de la legislación y de las costumbres de los *Germanos antes del Cristianismo*, que nos ha legado la escrupulosa y sincera ciencia de nuestro querido Ozanam.

«La constitución de la familia entre los Germanos, dice, no nos ofrece á primera vista otra cosa mas que el reinado de la fuerza. En cada casa solo hay una persona libre, el jefe de ella (*Karl Ceorl*). Para la mujer no hay ni asomo de libertad. Soltera, se halla, según la enérgica expresión del derecho, sujeta á su padre; casada, á su marido; viuda, bajo la dependencia de su hijo ó de sus parientes. El matrimonio no es sino un trato, cuyas cláusulas ó términos se han conservado mucho tiempo entre aquellas gentes. En la edad media se decía: *comprar una mujer (ein Weib kaufen)*. El que compra una, puede comprar varias; *la poligamia es el derecho comun de los pueblos del Norte*. El hombre poderoso hace gala de sus esposas, pero como de otra porción de objetos de que usa y abusa, que puede abandonar ó destruir, y que quizá serán quemadas en sus funerales (2).»

El tiránico y degradante yugo que pesaba sobre la mujer antigua, era lo mismo en las regiones bárbaras que en las civilizaciones paganas, y la opinión que quiere explicar la mejora social de la suerte de la mujer por el respeto que aquellos bárbaros la tenían, y que hubieran importado á la sociedad moderna, es insostenible. M. Guizot rechaza con justicia semejante opinión, haciendo observar que «frases pa-

(1) De Bello Gall., lib. V.

(2) Ozanam, *Estudios germánicos*, t. 1, pág. 115.—Lo que dice Tácito de la indisolubilidad del matrimonio es cierto, pero contra la mujer á quien encadenaba, y en provecho del hombre que podía romper sus lazos.

recidas á las de Tácito, sentimientos y usos análogos á los de los antiguos Germanos, se encuentran en las relaciones de una porción de observadores de los pueblos salvajes ó bárbaros, sin que esto tenga otras consecuencias.»

Dicho esto, es preciso no obstante convenir, en que había en las razas germánicas un respeto no legal, ni social, ni dogmático, sino *religioso*, por la mujer. Respeto de que era víctima, puesto que llegaba hasta inmolarla en los funerales, por la creencia en que se estaba de que si la mujer seguía al marido, atravesaría este el umbral del infierno, sin que la pesada puerta que allí había le pegase en los talones.—«Atribuyendo á la mujer, dice Ozanam, la facultad de poder franquear al difunto la entrada del mundo invisible, se suponía en ella algo divino. Aquella compañera débil y encantadora que el hombre hubiera podido destruir con solo quererlo, le admiraba y le dominaba. En lo que se llama modestamente la luna de miel, la ofrecía el don de la mañana; mas adelante se ponía en sus manos para que le curara las heridas que había recibido, y la consultaba en sus dudas; aguardaba la salud de sus cuidados y oír oráculos de su boca. Háse conservado un resto de aquella veneración en las leyes de casi todos los pueblos, que castigan con una pena pecuniaria mas fuerte la injuria que se le hace á la mujer, que la inferida al hombre, *porque aquella no puede defenderse con las armas* (1).

Hay ciertamente en esto un doble elemento de generosidad y de religión con respecto á la mujer, que era desconocido en las civilizaciones paganas, y que permite, hasta cierto punto, ver en el espíritu germánico, con M. Dabas, una especie de predisposición providencial á la emancipación de la mujer por el Cristianismo. Sin embargo, téngase presente que aquel respeto á la mujer era mas bien una *superstición* que un sentimiento religioso, y que la generosidad que la protegía contra el insulto de un extraño, la dejaba espuesta á la brutalidad de los suyos. Cuando se sabe todo lo que el Catholicismo ha tenido que hacer para combatir las supersticio-

(1) Ozanam, *Estudios germánicos*, pág. 118.

nes germánicas, y para refrenar la inclinacion de los príncipes á la poligamia y salvar la indisolubilidad del matrimonio, quedamos convencidos de que el mal era mas grande aun que el bien.

En el pueblo Judío sucedia todo lo contrario. Allí únicamente es en donde vemos una brillante escepcion de la suerte de la mujer en todo el resto del género humano. ¿De esto resulta un argumento anticipado en favor de la verdad que queremos demostrar! ¿Dónde hay una prueba mas patente de que el Cristianismo y Dios solo en él, es el Autor de la rehabilitacion de la mujer, que el no hallar á la mujer relativamente honrada en la antigüedad, sino en el único pueblo de Dios, cristiano en esperanza? Sucede con lo honrada que se vé la mujer en el pueblo hebreo, lo mismo que con los dogmas de la unidad de Dios y de la redencion del género humano. Estos dogmas estaban en aquel pueblo primogénito como un mayorazgo fundado por anticipacion de herencia en virtud del *Antiguo Testamento*, hasta que se abriera el Nuevo, que debia enriquecer con creces y estension á toda la familia humana. Si no, ¿cómo habia de suceder que fuese precisamente este pueblo, y no el egipcio, el romano ó el germano, el que hubiera guardado y conocido á la vez el respeto á la mujer, la unidad de Dios y la espectacion profética del Redentor?

Y esta reflexion se hace mucho mas digna de atencion cuando se considera la relacion que hay entre este respeto á la mujer y los dogmas cristianos, cuya promesa y figura tenia el pueblo Judío. ¿De dónde proviene que la mujer haya tenido tanta importancia entre los judíos y que tantas mujeres ilustres hayan desempeñado en él tan grandes papeles, á no ser de que el destino y la gloria de aquella nacion madre era en cierto modo llevar en el seno de sus mujeres la salvacion del género humano, que una de ellas habia de dar á luz en su dia? ¿No vá unida á una idea de *alumbramiento* toda la esperanza del pueblo de Israel, como á un *prodigio* en el que Dios debe hacer brillar todo su poder? y este prodigio ¿no es todo en honor de la mujer, supuesto que el hombre por excelencia será producto suyo sin haber sido su generador,

en cuanto que UNA MUJER RODEARÁ Á UN HOMBRE (*virum*) (1), y UNA VIRGEN CONCEBIRÁ Y PARIRÁ UN HIJO, QUE SERÁ DIOS CON NOSOTROS (2), y el Dominador aplazará su venida hasta el tiempo en que LA QUE DEBE PARIR HAYA PARIDO (3)?

No lo dudemos, tal era en el pueblo Judío la causa profunda, y digámoslo así, la raiz ó el fundamento de la consideracion que gozaba la mujer. Desde las promesas hechas á Abraham, renovadas á sus hijos y mantenidas en su raza de una *bendicion universal en Aquel que saldria de él* (4) despues de una larga série de generaciones, como la *semilla* en vista de la cual multiplicaria Dios su raza, la mujer judía fué consagrada por una mision religiosa y nacional de fecundidad. Cada mujer concurrió al cumplimiento de las promesas divinas, produciendo el pueblo que debia heredarla. De aquí el honor de que se veia circundada como esposa y como madre. El mismo Dios, haciendo cesar su esterilidad, la establecerá en su casa como madre gozosa de sus hijos: *Qui habitare facit sterilem in domo, matrem filiorum latentem* (5). Ella es el orgullo del esposo, como una viña abundante, cuyos pámpanos cargados de racimos estienden sus hojas á lo largo de su morada: *Uxor tan sicut vitis abundans in lateribus domus tuæ* (6). Ella le es querida *en todo tiempo*, como una corza muy amada, y como un cervatillo que hace sus delicias; él se embriaga de su seno, y el principio y el término de su fecundidad debe ser un amor fiel y constante: *Lætare cum muliere adolescentiæ tuæ. Cervæ charissima et gratissimus hinnulus. Ubera ejus inebrient te in omni tempore, in amore ejus delectare jugiter* (7). En su ancianidad recibe *al igual que el padre* las atenciones y los *rendimientos* de sus hijos, y está investida, con respecto á estos, de un poder de bendicion ó de

(1) Jerem., XXXI, 22.

(2) Isaías, VII, 14.

(3) Miqueas, V, 3.

(4) Génesis, XXII, 18.

(5) Salmo CXII, 9.

(6) Salmo CXVII, 3.

(7) Prov., V, 19.

maldicion que Dios ratifica: *Qui timet Dominum honorat parentes et quasi dominis serviet his qui se genuerunt* (1). *Benedictio patris firmat domos filiorum; maledictio autem matris eradicat fundamenta* (2). El matrimonio, en el cual recibe la mujer honor y veneracion, no se hace sin su consentimiento; nadie la dá, la vende ó la roba, como sucede en todas las demás partes; el novio la pide, y se toma su parecer para llevar á cabo el matrimonio: *Llamemos á la muchacha, y preguntémosla cuál es su voluntad*, dicen los padres de Rebeca cuando la pide Eliczer (3); y de su pleno consentimiento es como el fiel criado la conduce á la presencia de su amo Isaac, á quien se acerca con la dignidad velada de la esposa, siendo recibida por él con un corazon tan tierno y tan puro, que se mitiga con la vista de la esposa el dolor que habia causado á Isaac la pérdida de una madre. En fin, no dejemos de añadir que la posesion y administracion de los bienes, signo y medio de la consideracion de que estaban privadas las mujeres de todos los demás pueblos, podian recaer en la mujer judía, ya como heredera de su padre, ya tambien como donataria de su esposo (4).

Respecto á su participacion en los negocios públicos y en los intereses generales de la nacion, toda la historia de los judíos está ahí para decir la parte interesante que la mujer estaba llamada á tomar en ellos. Sara, Rebeca, Raquel, María, Debora, Jahel, Ruth, Ana, Judith, Esther, la heroica madre de los Macabeos y otras muchas, nos muestran á la mujer elevada al honor de influir en el sentido religioso ó político de aquel pueblo, hasta salvar varias veces ambas cosas y merecer aquel cántico de triunfo: «Tú eres la gloria de Jerusalem, Tú, la alegría de Israel, Tú el honor de nuestra raza» (5).

Todas estas mujeres, y la mujer judía en general, eran honradas por la mujer, de la cual eran ellas figura, y que de-

(1) Eccles., III, 8.

(2) Ibid., III, 11.

(3) Génesis, XXIV, 57.

(4) Números XXVII.

(5) Judith, XV, 10.

bia realizar sola aquello á que todas contribuian; por aquella que debia ser *bendita entre todas las mujeres*, y en quien todas las mujeres debian ser benditas, como llamada á ser para todo el género humano, lo que eran ellas solo para el pueblo de Dios: la causa de nuestra salvacion, «la gloria, la alegría, el honor de nuestra raza.»

Tal es en su fenómeno y en su causa la consideracion relativa de que gozaba la mujer hebrea en el seno de la degradacion universal de la mujer.

Digo *relativa*, porque no ignoro que esta medalla tiene su reverso, y quiero servirme de él. Prescindiendo de aquella honra de que gozaba la mujer judía, hubiese sido eternamente infecundo para las demás mujeres (lo mismo que el dogma de la unidad de Dios lo es para los demás pueblos), estaba muy lejos de ser para la misma mujer judía lo que ha llegado á ser, por el Cristianismo, para todo el sexo. Hasta puede decirse que comparada con la mujer cristiana, la judía se hallaba bajo el yugo de la degradacion universal de la mujer. ¡Tanto es el Cristianismo, el solo autor inmediato de su emancipacion! ¡Tanto manifiesta por este solo hecho su divinidad!

En efecto, ¿qué es lo que vemos en ese pueblo judío, en el cual, relativamente, era tan honrada la mujer? La poligamia, el repudio, el divorcio. Allí se sacrificaba todo á la fecundidad. ¡Desgraciada de la estéril! Caía sobre ella un oprobio del que nada podia sacarla. De aquí el partir el marido el lecho conyugal con las esclavas y con otras rivales para confusion de la esposa, ó lo que es peor, por instigacion de esta y de su plena voluntad. De aquí el que no se conociera el valor de la virginidad, ni el del pudor y la dignidad del sexo, sacrificada á menudo con licencias, tanto mas humillantes para la mujer en general, cuanto que estaban en las costumbres mas bien que en las intenciones, y que no eran vengadas ni aun por vergüenza (1).

(1) Las hijas de Loth; Abraham, negando que Sara fuese su esposa, y espiéndola á ser robada por Abimelech, temeroso de que aquel príncipe le matase; el Levita de Efraim abandonando

III. Así es, que puede decirse que la mujer estaba generalmente degradada, envilecida ó menospreciada en cuanto á la dignidad, en su pudor, en las consideraciones que se deben á su debilidad, en su propio carácter de mujer, antes del Cristianismo, como lo está todavía fuera de este, *sacrificada en la India sobre el sepulcro de su esposo, esclava en donde impera el Coran; animal de carga entre los salvajes* (1).

Este ha sido un hecho universal, un hecho de raza.

Era mas que un hecho, era un *principio*, y esto era lo que ponía el colmo á aquella degradacion. En efecto, si hubiera sido un *abuso*, habria tenido al menos en favor suyo el derecho y la esperanza de volverse á levantar; pero nó, su suerte era la ejecucion de un anatema primitivo, de una opinion admitida de que lo merecia, de un desprecio tradicional, de una sentencia filosófica, de un axioma, hasta fisiológico y médico; todas estas cosas se reunian para uncir á la mujer al yugo de la degradacion. Ella misma, en fin, tomaba el partido de justificarse en perjuicio propio.

Nosotros no creemos que fuera del Cristianismo se haya dicho jamás una *sola palabra* en favor de la mujer. Todo ha sido puesto en duda en el mundo, escepto la incapacidad moral y la malicia nativa de la mujer. En las tradiciones de todos los pueblos habia quedado algun recuerdo de la fatal iniciativa que tuvo la mujer en la primera falta. Hesiodo, narrador de los mitos griegos, nos dice que Vulcano, al forjar á Pandora, *fabricó un hermoso mal* (2), *en vez de un bien*; y despues de haber representado á aquella beldad levantando la tapa de una gran vasija, de donde se escapan todos los males,

la suya á las brutalidades de los hombres de Gabaa para liberarse él mismo de sus violencias; el buen anciano que le habia hospedado, ofreciendo, para protogerle, su hija virgen á aquellos hombres brutales; todos estos ejemplos prueban suficientemente cuánto le faltaba á la mujer, así en dignidad como en estimacion en el pueblo hebreo.

(1) DE MAITRE.
(2) Hes. Thog., V, 554.

en cuyo fondo queda *únicamente la esperanza* (1), luego añade: De ella es de donde viene la raza de las mujeres de seno fecundo; de ella, de quien ha salido esa fecunda ralea, gran azote para los mortales, etc., etc. Las mujeres, esos cómplices de todo mal, les han sido dadas á los hombres por el Dueño del rayo como el mas funesto regalo (2).

«¡Oh mujeres, esclama el grave Esquilo, criaturas insoportables, sexo aborrecido de los sábios, con el cual no se debería habitar jamás, primera plaga de una familia y de un Estado (3)» Eurípides espresa en su *Hipólito* el extraño deseo de ver perpetuarse la raza humana sin el concurso de las mujeres, por no introducir esta peste en la casa.—Simónides se declara como Hesiodo contra la mujer, diciendo, que *Dios al crearla, la hizo un alma aparte y de materias tomadas de los distintos animales* (4). «La mujer, dice Hipócrates, es perversa por naturaleza; debe contrariarse diariamente su intencion, ó si no crece en todos sentidos como las ramas de los árboles (5).» Platon quiere que las leyes no pierdan de vista á las mujeres ni un instante; «porque si este artículo, dice, está mal arreglado, ya no son la mitad numérica del género humano, sino mucho mas, y *tanto mas*, cuanto menos es su virtud comparada con la nuestra (6).»

La opinion que de ella se tenia en Roma, no las era mas favorable. *Afloxad la brida al capricho de esos animales indómitos*, esclama Caton, *y haceos luego la ilusion de que las vereis poner término por sí mismas á su desenfreno* (7).

Así como hoy se dice el *bello sexo* ó el *sexo piadoso*, entonces se le llamaba el sexo incapaz, impropio para los trabajos, atolondrado, ambicioso, *imbecillis, impar laboribus, levis, ambitiosus*, por oposicion á la Magestad de los hombres,

(1) Id., V, 94, 98.

(2) Id., V, 989, 60.

(3) Esch., Sept. c. Th., V, 165, 169, 172.

(4) SIMONID., citado por Dauban.

(5) Hip., citado por M. De Maistre.

(6) De Leg., VI.

(7) Tito Livio, lib. XXXIV, cap. 2.

Majestas virorum (1). En fin, hasta la misma sabiduría sagrada tiraba una piedra á la mujer con aquella sentencia demasiado cierta y que constituye el fruto de la maldición de que ella era objeto: *A muliere factum est initium peccati et per illam omnes morimur* (2). «La mujer es la que ha introducido el pecado, y por ella morimos todos.»

Todos estos desprecios, todo este conjunto de imprecaciones agobiaban á la mujer. Tal es el principio de todas las costumbres y de todas las leyes, que negaban á la mujer en todas partes el *fuego* y el *agua* del respeto y de la dignidad, y que la tenían esclava bajo la pesada mano del hombre. Esta era la ejecución de la sentencia promulgada en el principio por el mismo Dios: «Porque has hecho esto, estarás sujeta al hombre, y él te dominará (3).»

La mujer era aquella desgraciada lo que nos representa Esquilo en su drama mítico de *Prometeo*, atormentada incesantemente por el tábano vengador, perseguida universalmente por el látigo que tiene una mano divina y que alcanza á todas partes, oyéndose en todos los sitios que recorre aquella infeliz estas lamentaciones: ¡Ah! ¡ah! ¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡desgraciada! ¡Oh grandes Dioses! ¡A dónde me conduce este afán por vagar? ¡Por qué crimen me haces sufrir tanto, oh hijo de Saturno? ¡Basta! ¡Basta! ¡Oh! ¡Si pudiera yo saber cuándo llegará el término de mis males (4)!

§. II.

I. El Angel Gabriel fué enviado por Dios á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una Virgen llamada María, y habiendo entrado en donde Ella estaba, la dijo: «*Dios te salve, María, llena de Gracia: el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.....* No temas, María, porque has ha-

(1) M. Troplong.

(2) Eccles., XXV, 33.

(3) Génesis, III, 16.

(4) Esquilo, *Prometeo, encadenado*, trad. de Alejo Pierron, pág. 23.

llado gracia ante Dios. El Espíritu Santo sobrevendrá en tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Concebirás en tu seno y darás á luz un Hijo, á quien pondrás el nombre de *Salvador*. Será llamado Hijo del Altísimo, y su reino no tendrá fin.»—María dijo: «*He aquí la sierva del Señor; hágase en mí segun tu palabra.*» María marchó en aquel mismo instante á visitar á su prima Isabel. Esta, al oirla, llena del Espíritu Santo exclamó: «*¡Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! ¡Bienaventurada tú que has creído!*»—Y María dijo: «*Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu está lleno de júbilo en Dios mi Salvador, porque ha mirado la bajeza de su sierva; porque en adelante yo seré llamada Bienaventurada eternamente, porque El ha hecho en mí grandes cosas.*»

Tal ha sido el desenlace de los males de la mujer; así se ha obrado su rehabilitación. En María, es á todo su sexo, es á la mujer á quien se la dice por un Angel: *Dios te salve, oh llena de gracia*; lo mismo que: *Bendita eres y has hallado gracia ante Dios*; como asimismo: *Bienaventurada tú que has creído*; y también es Ella la que entona aquel cántico de libertad, contraposición de los lamentos de Io: *Mi alma glorifica al Señor, etc.*

Indudablemente, este misterio es propio de María *entre todas las mujeres*; pero el honor se estiende á todo su sexo, la gracia lo apropia en cierto grado á todas las mujeres que sigan sus huellas y que, detrás de ella, participarán de la apoteosis de su gloriosa Asunción y de todos los privilegios de su Bienaventurada Maternidad. «¡Oh! ¡Qué día tan hermoso, esclama San Gerónimo en la carta que escribe á la virgen Eustoquia, qué día tan hermoso será aquel en que veas á María rodeada de coros de vírgenes, á María Madre de Dios que sale á recibirtel! El día en que la oigas cantar al son de los instrumentos, como la otra María cuando Faraon quedó sumergido en el mar Rojo con todo su ejército.» «Cantemos las alabanzas del Señor; El acaba de manifestar su gloria y su poder. Su brazo ha sumido en el mar al caballo y al caballero.» Tu Esposo comparecerá también allí, y dirá: *Levántate, ven, oh hermana mia, querida mia, paloma mia, el invierno ha pasado, ha cesado la lluvia.*»

Entonces dirán los Angeles asombrados: *¿Quién es esta que viene como una aurora naciente, hermosa como la luna, única como el sol?*

San Gerónimo no teme aplicar así á toda mujer cristiana las condiciones mas personales de María, y San Bernardo, y luego San Agustín, esclaman tambien: «¡Regocíjate, Adán, padre nuestro; y tú, Eva, madre nuestra, regocíjate todavía mas!.... Consolaos los dos en vuestra hija, y en una hija semejante, tú, sobre todo, por quien se ha introducido el mal en un principio, y cuyo oprobio se ha estendido á todo tu sexo. Se acerca el tiempo en que este oprobio vá á desaparecer, y en el que el hombre no podrá ya hacer cargos á la mujer. ¡Qué digo! en vez de hacérselos, la bendecirá, y cambiando su criminal escusa en acciones de gracia, dirá: La mujer que me habeis dado, me ha ofrecido el fruto de vida y he sido regenerado (1).»

Bajo el imperio de la fé cristiana, y particularmente bajo el de la devoción á María, ¿cuál ha debido ser la revolución que estas grandes creencias han obrado en la suerte de la mujer? *Es preciso*, decia un poeta del siglo décimotercio, *tener con las mujeres la consideración de que la Madre de Dios ha sido mujer*. Cuéntase del Bienaventurado Enrique Suzo, que habiéndose encontrado un dia en una de las calles mas sucias de la ciudad con una mujer, se metió en donde habia mas lodo, para que aquella pasase por el único sitio que estaba seco. La mujer, al ver aquel acto de humildad, le dijo: ¿Qué haceis, padre mio? ¿Por qué vos, que sois religioso y sacerdote, cedéis el paso á una pobre mujer como yo, con lo cual me haceis ruborizar de confusión? El hermano Enrique la contestó: Hermana mia, yo tengo la costumbre de honrar y venerar á todas las mujeres, porque recuerdan á mi corazón á la poderosa Reina del cielo, á la Madre de mi Dios, á la cual tengo tantas obligaciones. La mujer levantó los ojos y las manos hácia el cielo, y dijo: Ruego á esa poderosa Reina, á quien vos honrais en nosotras, que antes de vuestra muerte se digne concederos algun favor particular (2).

(1) Sermon 17, de *Diversis*.

(2) *Vida del Bienaventurado Suzo*.

III. Este sentimiento, exclusivamente cristiano, católico, debemos decir, hizo *ceder el paso* á la mujer, no solo en las calles, sino en las costumbres y en las leyes, desde los primeros siglos del Cristianismo. Este las ha hecho *tomar la acera* á las mujeres, y por él se han convertido en

«Compañeras de un esposo,
Y reinas y sin señor;
Libres, sin deshonra alguna,
Y fieles sin coacción;
Y en fin, virtuosas y honradas,
Sin debérselo al temor.»

La mujer cristiana es el lazo y el corazón de la familia. En su múltiple función de esposa, de madre, de hija, de hermana, reúne á todos los individuos de ella é inspira todas las relaciones que debe haber entre ellos, por la mas irresistible de todas las influencias, por la misma á que ella está sujeta sin saberlo. El hombre en la familia es como el horario de un relój; la mujer es como el resorte, que mueve todo el rodaje de la casa. La familia, y, por consiguiente, la sociedad, vale lo que vale la mujer. La mujer cristiana influye mas directamente en la sociedad, formando al hombre en el hijo y en el hermano, y reformándole á menudo en el esposo y en el padre. Cuanto lleva el hombre á la sociedad, en punto á costumbres, ó carácter, ó resoluciones, se lo debe, por lo general, á su trato con la mujer, que es donde lo suele aprender. La fábula de Egeria se ha convertido en la realidad mas común: cada uno de nosotros tiene su Egeria detrás del telon, y á menudo, debajo de la losa del sepulcro. ¡Cuántas mujeres, cuántas esposas, cuántas madres hay que no aparecen, ó que han dejado de existir, y que, invisibles y presentes, inspiran las ideas, los sentimientos, los papeles de los actores de la vida humana! Finalmente, en las relaciones públicas y aparentes, la señora cristiana influye eminentemente en las costumbres de la sociedad, cuyo homenaje recibe. Ella establece, en medio de un mundo de discusiones y de conflictos, un centro de conciliación y de miramientos, en que cada pretension se